

ESPAÑA INSOLITA REQUIEM PARA UN PUEBLO

El pueblo se muere lentamente. Se muere sin aspavientos. Casi por imperativo lógico del tiempo. El pueblo está solo. Tenía mucha vida y se le fue poco a poco, como al moribundo. En la plaza del pueblo ya no corretean los chiquillos, en alocada persecución, ya no se oye vociferar al mercader venido de lejos, ya no se forman los corros para matar las largas horas del atardecer. En la era ya no picotean las gallinas, ni relucen al sol los rubios granos de trigo lanzados al aire por la certera criba.

Montoro de Mezquita es tan sólo una pálida imagen de lo que fue. Había llegado a tener quinientas almas y ahora encuentran cobijo entre sus viejas y destaraladas casas unas diez familias de ancianos. Era un pueblo con solera: unas sesenta casas bien construidas, con piedra y tejas. Había agua y la huerta era fértil y generosa. Bastaba con bajar hasta el lecho de Guadalope y, allí reunidas, en fila de a dos o de a tres, como colegiales,

estaban las huertas. Daba gusto verlas desde lo alto de esa loma de 800 metros sobre la que se asienta Montoro. Verdes oscuros y claros, pero siempre verdes y muy tupidos, y difícil era el hallar un trozo sin cultivar.

Hoy Montoro se dispone a dormir un sueño muy largo. En su iglesia, frente al portadón románico, los arbustos le han cerrado el paso al viajero piadoso. Las matas y la maleza son testigos mudos de un abandono ya irremediable. Treinta personas, con muchos años a cuestas, no pueden luchar contra el paso irremediable de los meses y el peso de los años. El tiempo, incansable censor de nuestras vidas, se ensaña antes con las personas y, luego, hasta con las piedras centenarias.

Los de Montoro viven con contadas preocupaciones. Batir el trigo en la era, cargar la alfalfa a lomos de la caballería, dar de comer al gorrino, cobrar la pensión. Las casas son frías, con aires de dejadez pero, nunca de suciedad. Nadie se preocupa ya de colgar un geranio al lado de la puerta o una maceta con albahaca para perfumar las noches de verano. Las ventanas dejan oír el golpe seco de un postigo, que nunca ha sido bien ajustado. Las aves de corral revolotean afanosamente en busca de algo para satisfacer su apetito. Montoro se muere y nadie acude en su ayuda.

¿Cuántos emprendedores catalanes o aragoneses no saben dónde invertir sus capitales? Se me ocurre que Montoro podría ser una magnífica colonia de verano para niños. O puede que una residencia de las que cuida Educación y Descanso para los trabajadores, a los que, dicho sea de paso, les hace mucha falta.

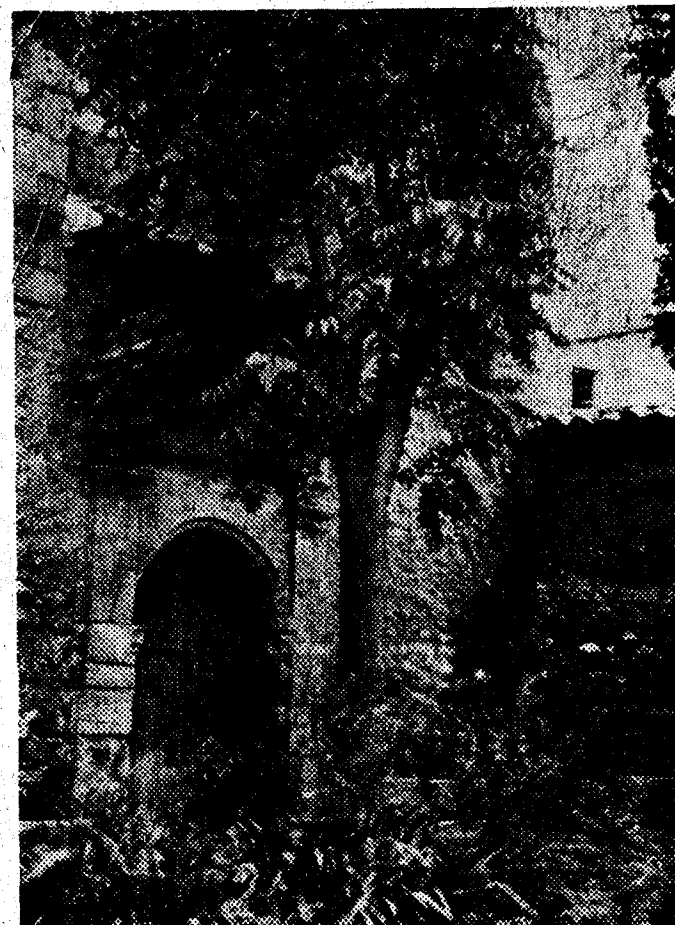
El pueblo tiene agua, luz, aires sanos, casas fácilmente acondicionables y libres y, lo que es más importante, unas personas que todavía saben preparar carne de cerdo en adobo, saben curar el jamón, y más cosas podrían y sabrían hacer si se les quitara de encima esa preocupación constante de tener que sobrevivir en un pueblo que se va apagando poco a poco.

Tres niños para Montoro

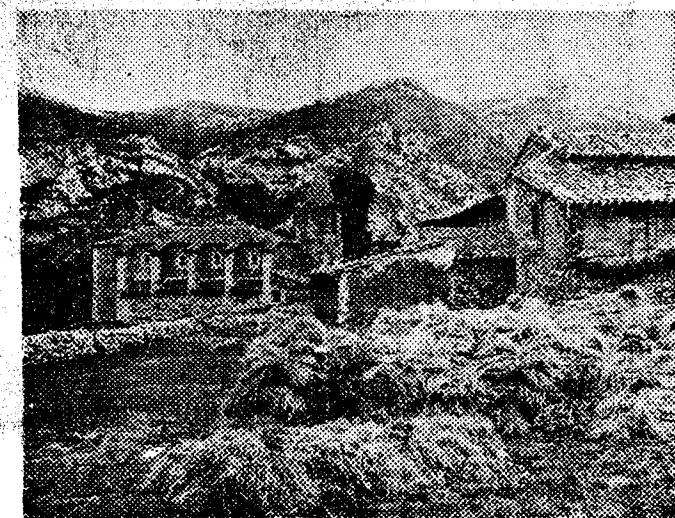
Montoro está fuera de las carreteras nacionales que habitualmente transitan los turistas. Para llegar hay que pasar tres kilómetros de carretera sin asfaltar, que arranca de la local de Ejuive a Villarlugo. Estamos en el Alto Maestrazgo turolense: las carreteras no siempre son perfectas y la orografía de esos lugares es accidentada y caprichosa. Nada más descender de los altos de Ejuive, un puente sobre el Guadalope y el desvío a la derecha. Montoro de Mezquita: 2,7 kilómetros. El coche empieza un sobresaltado camino y de pronto, tras una loma, el pueblo aparece uniforme y marrón con la vertical del campanario que destaca sobre un fondo de montañas grises y un cielo siempre azul. El sol parece dar vida a ese pueblo callado y mustio. En la plaza mayor, unas cuantas sillas ajadas dan reposo a los miembros cansados de unos ancianos pensionistas. Esperan la llegada del secretario del Ayuntamiento de Villarlugo, de quien, administrativamente, depende la villa de Montoro. Van a cobrar los pocos duros de una pensión que a duras penas habrá de bastarles para seguir comiendo. Nuestra presencia fue acogida con esperanza alegría. Pronto la charla sustituyó a las palabras de cumplido. Nos contaron de épocas mejores. De huertas fértiles y de recolectas abundantes. De un proyecto de carretera entre Montoro y Aliaga —pueblo rico que incluso tiene central térmica— que hubiese dado mucha vida al pueblo. De los hijos que se han ido a las capitales, uno tras otro, persiguiendo una quimera.

Ahora tan sólo quedan tres chiquillos en Montoro: son los hijos del único matrimonio joven que todavía resistió. Los tres chiquillos tienen maestra que viene de Villarlugo a darles clase. Los tres críos juegan solos. Persiguen a un legendario caballero con espuelas de oro y caballo de crin al viento. Ella, sola mece en sus brazos una muñeca desgarbada de las melenas rubias. Cuida que el ruido del viento, que golpea las puertas, no despierte a su bien. Vigila que el sueño de su títere sea menos aciago que el suyo. Los tres rapaces corren hacia el coche y nos acompañan. Sonríen tímidamente, sin entusiasmo. No saben hablar: cuchichean entre ellos y contestan cabizbajos a nuestras preguntas. Nos enseñan el pueblo y no saben por qué. Nos ofrecen nueces y nos llevan a beber a la fuente. Nos acompañan al bar, que no es bar. A la tienda de ultramarinos, que no tienen casi nada. Es una cueva con estantes rudimentarios, dos bancos sobre piedras y una romana que maneja, con ciertas dificultades, una anciana. Una lata de mejillones en escabeche y unas naranjadas. Los niños disfrutaban. Eso sí que es vivir. Se acabaron los sueños, vuelven a la realidad. Queremos obsequiarles con una propina. No aceptan. ¿Para qué? Qué mejor recompensa que el haberles hecho vivir unas horas como cuando ven a la ciudad. Olor de coche, naranjada con burbujas, zapatos que brillan, gafas de sol y máquinas para hacer fotos.

Mis compañeros de excursión ríen y charlan con los críos, que ya han adquirido confianza. Uno de ellos pregunta de sopetón: ¿por qué no volvéis otro día para quedaros con nosotros? Esos chiquillos quieren compañía, necesitan vivir en contacto



Maleza frente a la fuente de la iglesia. En su interior goteras



Una iglesia bonita que se vuelve triste por su abandono

con otros seres humanos de su misma edad y talla. Hay que evitar que acaben siendo víctimas de sus propios sueños. Los sueños de la razón producen monstruos y ellos, ya tienen edad para empezar a razonar.

A Montoro de Mezquita se le puede salvar de ese abandono en que vive. Necesita una colonia veraniega. Hay muchos colegios que lo agradecerían y muchas personas con medios suficientes para realizarlo. El pueblo, además, tiene un precioso rincón de río con chopos y buenos prados verdes, que harían las delicias de los niños recluidos durante los nueve meses escolares en la sofocante ciudad.

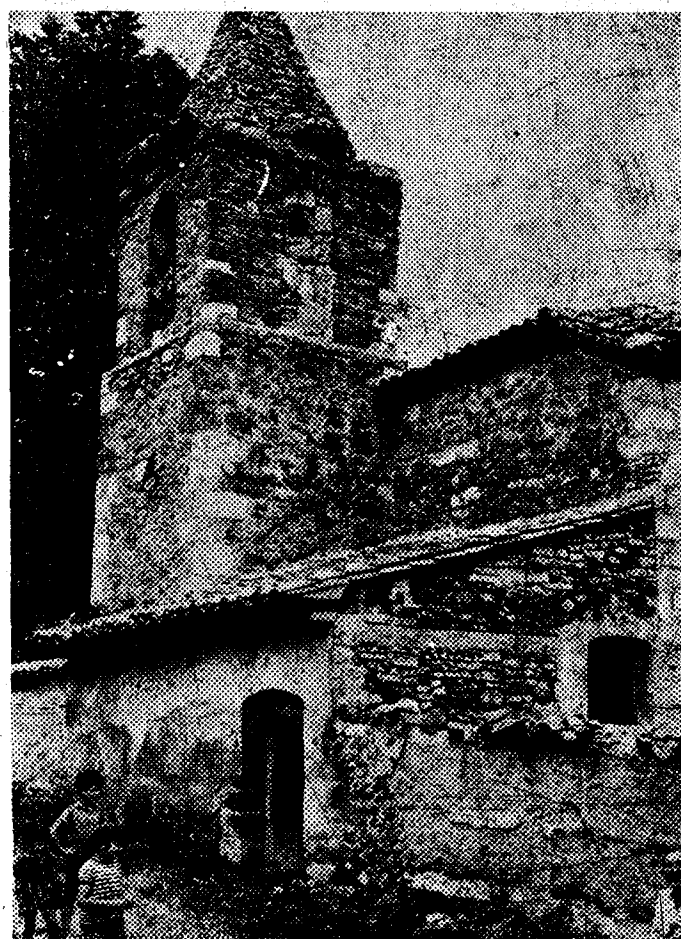
Y todo esto beneficiaría también a la ruta del Alto Maestrazgo en la cual se halla enclavado el pueblo.

Una colonia veraniega para Montoro de Mezquita para que, esos tres chiquillos, puedan jugar y charlar con otros niños vendidos de los puntos más alejados de España.

Giorgio DELLA ROCCA
(fotos del autor)



Montoro: un pueblo uniforme que surge al palo de montes grises, enormes



Todos los edificios de Montoro ostentan remiendos y tapujos. El peso de los años y el abandono

Mr. INTERNACIONAL declara:

Ya no estudio. Sencillamente aprendo... Con el Monitor de Idiomas AAC



Para mayor información corte este cupón y envíelo a
COSESA-EDUCATIVOS
Avenida Generalísimo, 618-6.
Tel. 228 82 00- Barcelona

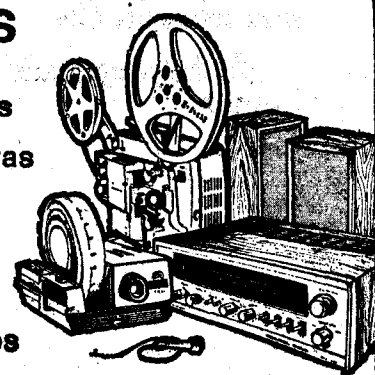
Deseo que sin compromiso alguno por mi parte me amplíen información sobre Monitor de Idiomas.

D. _____
Domicilio _____
Población _____
Provincia _____ Tel. _____

- CONFERENCIAS
- CONVENCIONES
- FERIAS
- DEMOSTRACIONES
- FORMACION DE PERSONAL
- PUBLICIDAD, PROMOCION Y VENTA
- VIGILANCIA y CONTROL

Alquiler y venta de equipos AUDIOVISUALES

- * Amplificadores, micrófonos y altavoces
- * Proyectoras diapositivas
- * Proyectoras de cine.
- * Pantallas
- * Retroproyectoras
- * Proyectoras de opacos



audivis C/. Párroco Ubach, 57 Tel. 247 40 03
promociones BARCELONA-8

PARQUET ROBLE colocado desde 480pts.m²
ARMARIOS COCINA-MOQUETAS
confortex s.a.
Villarreal, 133 (junto Valencia) Tel. 2536177 - 254 2041 y 2549655

